

JORGE ALACID

Los seres queridos

Índice

1. LOS SERES QUERIDOS, 9
2. LAS FRASES HECHAS, 57
3. EL MAL MENOR, 97
4. EL DELANTERO CENTRO, 141
5. LA LEY DEL AZAR, 215
6. LA LÍNEA DEL HORIZONTE, 281

Para Concha

I. Los seres queridos

VIBERTI

Hijo único de madre soltera, que entregó el bebé a sus padres para seguir huyendo recién salida del paritorio, criado por sus abuelos en un pueblo perdido de la Meseta del que él también salió huyendo para estudiar becado por el cacique de la comarca bajo la promesa de que jamás volvería sobre sus pasos. Antiguo seminarista, trasnochador, indolente, dueño de una cara que con dificultades se correspondía con su edad, ojeroso desde que tenía memoria, con rastros de viruela mal curada en los dos carrillos, adicto a fumar aunque no le apeteciera, propenso al alcohol y carente de amigos verdaderos. Licenciado en el servicio militar, botones de hotel, camarero, aprendiz de imprenta, viajante de libros, vendedor de sellos, tendero en el Rastro, recepcionista en un balneario, meritorio en una editorial, en un recodo del camino Viberti tropezó con el periodismo y ya no se apartó nunca de ese triste porvenir, que le apartaba del lado salvaje de la vida, regularizaba su estado de ánimo y le garantizaba una cierta rutina que le asqueaba tanto como le atraía. Envuelto en una nube de nicotina que precedía sus pasos, siempre a falta de un afeitado, el periodista Viberti desayunaba todos los días en el bar Paraíso, donde también solía acabar la noche. Una costumbre, la de desayunar, que adquirió más o menos cuando entró Honorio de jefe de talleres en el periódico y que ambos cumplían metódicamente desde entonces, imposible precisar la fecha con exactitud porque ni siquiera Honorio la recordaba. Un rito que surgió espontáneo, al que ninguno de los dos aludió nunca expresamente. Tampoco ninguno le dio importancia. Viberti sabía que cada mañana, a eso de las ocho, encontraría a Honorio en una esquina de la barra desayunando un carajillo doble de anís con su ración de churros, que irían espolvoreando destellos de azúcar sobre el ejemplar que se había traído fresquito de la rotativa, tizado por las mansas leyes de las artes gráficas: los primeros periódicos salen del taller todavía ennegrecidos, pero Honorio y Viberti los preferían así, porque les recordaba que su oficio, el de ambos (uno en la redacción, otro en la sala de máquinas), era en esencia artesanal y así debería seguir siéndolo ahora

que un formidable huracán acechaba, golpeando cada día contra la puerta del despacho donde se alojaba el mánager. Les gustaba mancharse las manos. Viberti había decidido ignorar el ulular del amenazante porvenir, para lo cual se ayudaba de una serie muy caprichosa de supersticiones; entre ellas, que cada mañana debía ser gemela de la anterior. Y que debía empezarla desayunando en silencio su café americano con Honorio, quien a esa misma hora desmenuzaba el periódico como un entomólogo, buscando líneas viudas, esa expresión que hechizaba a Viberti, erratas en la portada o cualquier otra calamidad, anatema de los linotipistas. Eran como hermanos y los hermanos ya se sabe que no necesitan hablarse para quererse. O al menos para respetarse. Viberti consumía su taza ardiendo y se pedía luego una copa de cazalla. El primer trallazo del día. Luego vendrían muchos más.

A esa hora, la fantasmal ciudad medio amanecía. Un grupo de lumis de guardia recapitulaban la noche en los veladores bajo la tele aparatosísima, la primera que tuvo un bar en toda la ciudad. Un mamotreto mayúsculo que solo se animaba cuando había tarde de toros. Igual que hace mil años, como si nada hubiera cambiado a su alrededor. Así convivía Deusto, el dueño del Paraíso, con la realidad, ignorándola. Resignado a que la única novedad capital que detectara sin esfuerzo residiera en que las chicas cada vez fuesen menos jóvenes, nada lozanas. Presentaban en toda su crudeza los estragos de la edad y de la mala vida que disimulaban con exceso de pintura, pintura de guerra, y se animaban entre ellas confesando sus mutuas penas (el dinero, los hijos, la celulitis), según los mismos hábitos que quienes las precedieron alquilando las habitaciones situadas sobre el bar, con vistas a la calle. Dotadas de minúsculos balconcillos desde donde con el buen tiempo coreaban su oferta a los paseantes, para grave escándalo de quienes se escandalizaban por cualquier cosa y todavía hoy se seguían escandalizando. Ellas representaban su papel y lo sabían. Sentían que se debían a su público y por ese vago sentido de la profesionalidad se insinuaban cada mañana sin ninguna gana a Honorio cuando le veían entrar y también a Viberti cuando llegaba recién pasadas las ocho. Un puro trámite, un breve teatrillo entre risas procaces al que ninguno de ellos respondía. Como mucho, invitaban a desayunar a quien vieran más desfallecida o más necesitada de una urgente mano de cariño. Y los dos volvían a lo suyo. A consumir en silencio sus brebajes y a pensar en lo de siempre. El periódico de mañana. Que a esa hora era ya el de hoy.

Aunque hay algunos días que no son días cualquiera.

—Tu último periódico, Honorio. ¿A qué te vas a dedicar a partir de ahora?

—A aburrirme.

Honorio hablaba en un tono de voz casi inaudible. Un tono bajo y carente de musicalidad, atonal. Una voz ensimismada que casaba bien con su carácter meditabundo, su aspecto de orfebre. Honorio, como muchos de su estirpe que se adiestraron consumiendo litros y más litros de leche para combatir el peligroso plomo de los tipos en condiciones de trabajo mancu-sianas, era un hombre sin horarios y por lo tanto sin amigos. Un hombre sin otra vida que su profesión. Sin familia y por supuesto sin aficiones. En el periódico se sospechaba que le gustaba pescar, lo cual encajaba bien con su personalidad parsimoniosa, pero era un rumor que nunca pudo confirmarse. Hubo quien lo vio una mañana en un encuentro filatélico, entretenimiento que también hubiera casado con su naturaleza huidiza, pero quién sabe. Lo mismo era que se aburría y le había dado por espiar a los coleccionistas de sellos. Porque en aburrirse Honorio acreditaba una solvente pericia. En los raros momentos en que no estaba al pie de la rotativa, cuando tenía que co-gerse vacaciones medio enfadado, gruñendo como siempre en voz queda, Honorio se limitaba a sentarse en un banco de la Gran Plaza y ver pasar el tiempo. Quienes se tropezaban con él ya ni le saludaban. Sabían que no les iba a contestar. O que, si les respondía, acabarían hablando de lo único que Honorio sabía o quería hablar: de su trabajo. «Se nos escapó una viuda la otra semana, ¿eh?» era un comentario habitual en sus chácharas, muy propensas al soliloquio. Y de ahí volvía a refugiarse dentro del caparazón que ahora sería el confín de su vida. Lo que le incomodaba no era jubilarse. Lo que realmente le angustiaba era que se quedaba sin su tema de conversación favorito. Su único tema de conversación.

—¿Algún fallo gordo?

—De momento, no he encontrado nada. Una ermita con hache y poco más.

El linaje de los miles de Honorios repartidos en las redacciones de entonces incluía un ojo muy bien entrenado para la corrección de erratas, bien que a toro pasado. No ejercían únicamente como comandantes en jefe de la atroz sala de máquinas, deprimentes metros cuadrados pródigos en manchas de humedad y telarañas, de grasa y tinta, oscuros subterráneos donde la familiaridad estaba vetada y las riñas aseguradas. Una caverna que cada napoleón recorría llevando consigo una llave inglesa, por si acaso tenía que usarla no solo para darle un meneo a alguna rotativa perezosa. Con pasos firmes, fueran exagerados o minúsculos, pasando revista a una tropa formada por buhone-ros, duendes y desvalidos seres humanos que habían encallado en esa playa luego de coquetear con otras misiones igual de suicidas. Poner en marcha cada noche una anquilosada maquinaria que se resistía a alumbrar otro pe-

riódico más tenía en efecto algo de suicida. Una proeza que exigía de quienes la protagonizaban no las grandes virtudes de los periodistas del piso de arriba, ese montón de pícaros que cada mañana ponían boca abajo la actualidad y no paraban hasta que del bolsillo de ella salía la última moneda, sino una serie de atributos entre los cuales jamás sería el menor el aire maquinales con que manejaban sus rutinas. El alma era Honorio. El resto solo era cuerpo.

Aunque en algún momento... En algún momento, cuando la semana moría, la rotativa no daba síntomas de querer precipitarse al vacío como ellos sospechaban cada lunes, ni las peleas que se sucedían con puntualidad ferroviaria habían ido finalmente a más... Cuando el sonido de los periódicos deslizándose por la cinta transportadora les narcotizaba de nuevo o cuando asomaban por la sala su fea jeta los encargados del reparto, con sus monos llenos de lamperones y la furgoneta renqueando con el motor en marcha a punto de morir también esa mañana... Cuando el alba escupía su sucio rocío o cuando solo quedaban en el edificio los redactores de cierre y sus naipes en eterna duermevela... Cuando la electricidad ambiente escapaba de su perenne incandescencia, florecía entonces en ese espacio mezquino una rareza. Algo parecido a la magia. Lo que nadie del piso de arriba pudo nunca entender, lo que a Viberti tanto le intrigaba. Surgía de repente como una explosión, un sentimiento común que podía denominarse camaradería, aunque seguramente sería exagerado. Honorio era el primero en notarlo. Igual que un pastor detecta que dentro de un rato se pondrá a llover por cómo se arremolinan las nubes en los cielos o cómo entra de sorpresa el aire por un costado extraño, Honorio olía con gran antelación esos estallidos de jubilosa furia, propia de marineros varados al pie de los polos, sobre los que no tenía opinión. No sabía si los detestaba o simplemente le incordiaban. Tendía a concluir que más bien representaban un molesto fastidio con el que estaba dispuesto a convivir, a condición de que se no se repitieran muy a menudo.

Honorio alegaba en esas ocasiones cualquier excusa para esfumarse. Resignado, se hacía a un lado y desde ahí observaba florecer esos minutos en que todo conspiraba para esparcir alrededor de la rotativa unos minutos de locura. Los magos de la tinta, los hechiceros de la escala de grises, los aprendices de cara embetunada e incluso los muy serios maestros linotipistas empezaban por darse codazos, alguien contaba un chiste, otro despellejaba a quien ese día librara, todos reían a coro... De algún sitio salía una botella, que pasaba de mano en mano a una velocidad vertiginosa, se compartía la merienda, la rotativa viajaba sola hacia los confines de la noche y ellos se abandonaban a una terapia redentora, rica en chistes de mordacidad salvaje, que despejaba el enrarecido ambiente de su oficio monótono y nocturnal.

Entraba el aire en la sala de máquinas y ese frenesí sorprendía siempre a Honorio en una esquina mal iluminada, escabulléndose. Esperando a que el liberador ataque de vitalidad terminara de estallar como quien aguarda bajo una marquesina a que pare de llover. A veces, la normalidad tardaba tanto en regresar que tenía que ser él quien irrumpiera tosiendo en la rotativa recordando que el recreo había terminado. Los demás le miraban maldiciéndole, maldiciendo sus vidas, las noches interminables y la chirriante sinfonía que nacía del ir y venir de los ejemplares en curso, que se iban amontonando en un rincón luego de que Honorio les diera su apresurado visto bueno, del que más tarde renegaría acodado en el Paraíso. Un denso silencio se apoderaba de aquellas cuatro paredes. Los redactores de guardia, que se habían asomado por una claraboya queriendo participar de la algarabía, volvían a hacerse trampas en torno al tapete. Y los repartidores se llevaban su mercancía también apenados, sintiendo que se habían perdido algo. Y que ese silencio presagiaba tormenta y que por lo tanto harían bien en llevarse pronto los periódicos antes de que una llave inglesa empezara a volar.

Ese era el mundo del que Honorio huía con su jubilación. Un mundo sórdido, carente de cualquier encanto, que solo se justificaba cuando la maquinaria volvía a su ser. Cuando enmudecía todo y solo le acompañaban en su silencio algunos ejemplares desfigurados que decoraban el suelo como si una mano invisible lo acabara de fregar. Cuando los aprendices recogían los trastos, se quitaban los buzos en las taquillas decoradas con las chicas desnudas de *Interviú* y se marchaban a casa a dormir a deshoras. Cuando Honorio se duchaba concienzudamente en su despachito, se quitaba sin éxito la grasa de las uñas y rellenaba después el parte de incidencias, el testamento diario que jamás volvería a redactar y que probablemente nadie se leía jamás: si estallaba el apocalipsis, la propiedad tenía sus propias maneras de informarse y el mánager le esperaba en esas ocasiones infaustas a la puerta de la rotativa, para que ideara alguna excusa y él la pudiera trasladar a los despachos de la planta superior, donde nadie entendía nada de las complejidades que entre Honorio y el mánager trataban sin éxito de explicar. Honorio odiaba esos días en que el trabajo empezaba tan cuesta arriba que le parecía obligado empujar él mismo mentalmente la cinta transportadora con los ejemplares del día siguiente para asegurarse un final feliz. O no muy infeliz. Un final donde el parte recogiera incidencias menores (por ejemplo: se ha roto de nuevo el botijo, reponer) y las mañanas mediocres siguieran a las noches tenebrosas con la sólida comodidad que garantizan los calendarios donde nunca pasa nada. Los días rutinarios eran los favoritos de Honorio. Pero tampoco esos días volverán, se barruntaba atacando el último churro y sintiendo a su lado la muda complicidad animal de Viberti. El único que sentiría su adiós más que el propio Honorio.

VIOLETA

Viberti se embutía cada mañana, fuera invierno o verano, en una gabardina de color indefinido que un día fue marrón y que le venía grande para llegar en grandes zancadas, la clase de pasos que convertían su figura de paseante en una especie de brújula ciudadana, hasta el Paraíso, hacerle una seña a Deusto y zamparse su café americano, que no ardía tanto como el copazo de cazalla. Invariablemente, dejaba de pensar en ese mismo momento. Se abandonaba, entraba en una suerte de trance hipnótico, porque la presencia familiar de Honorio encerraba para él algo parecido a un espacio placebo, donde se consideraba inmune a los peligros que acechaban fuera. Quienes lo vieran pasear a esas horas recordarían siempre que esa especie de trance le duraba incluso cuando salía al exterior, se encendía el pitillo y enfilaba hacia el periódico con el mentón en el pecho, como una res empujada hacia el matadero que se resiste a formar parte del espectáculo. Prefiere protagonizarlo. Allí, en esa testa coronada de calvas y leves mechones de pelo arremolinados sin ningún criterio, que llevaban años sin la visita del peine, se celebraba cada mañana un proceso de combustión interna, que acababa por estallar al cabo de un cuarto de hora, cuando el dueño de ese caletre embravecido llegaba hasta el periódico, recogía el taco de ejemplares del día (competencia incluida) mientras empujaba la puerta con la espalda y subía las escaleras como si ya fuera otro hombre. El Viberti adormilado del Paraíso se había quedado revisando erratas con Honorio, atornillado al asiento del bar por si el mañana que amanecía tuviera mejor pinta que el ayer recién enterrado. Y cuando comprobaba que todo iría probablemente peor, igual de peor que siempre, Viberti se conformaba y se transformaba en el tipo que había sabido construir para solaz más de extraños que de sí mismo. Un eremita, un apóstol de la misantropía, que saludaba cada mañana a su secretaria con una cuerda de insultos que tenía algo de sortilegio. Insultos que luego recogía de vuelta. Corregidos y aumentados.

- Buenos días, vieja bruja.
- Buenos días, ababol florido.
- Inútil.
- Gilipollas.

- Mentecata.
- Anormal.
- Vejestorio.
- Mequetrefe.
- Piltrafa.
- Carcamal.
- Escoria.
- Ingrato.

Concluido el ceremonial, que ambos ejecutaban sin abandonar sus otras ocupaciones, Viberti entraba por fin en su despacho y confirmaba que todo estaba en orden. Es decir, que reinaba el caos. Aguardaba entonces otra cita con el protocolo, donde la fiel Violeta merecía el papel principal. Ejemplar como secretaria, pero todavía más modélica como confidente, Violeta poseía un esqueleto longilíneo de factura improbable del que colgaban sus huesos como joyas sin ningún valor. Podía pasar por la mujer más fea del mundo. Probablemente lo era, tan fea que a veces parecía un hombre. Combatía su fealdad (peleando de paso con un nombre igual de peculiar) con elevadas dosis de ironía y un feroz ingenio, no solo para el insulto en particular sino para el empleo siempre adecuado del vocabulario en general, que se reflejaba en su tendencia a introducir palabras y expresiones de otra época en el marco de una conversación mundana o intrascendente (otrora, baladí, dimes y diretes), para desconcierto de quienes no la conocieran e incluso de quienes la trataban de cerca pero nunca dejaban de asombrarse por su flemática manera de despreciar mediante un lenguaje muy anticuado cuanto la rodeaba, con un estilo nada español. Muy contenido. Sin arrebatos.

Violeta también fumaba. Mentolados con boquilla, que se administraba a sí misma según el mismo ritmo que cada día eligiera para sí su jefe, a quien protegía como una venerable enfermera de la Cruz Roja a un caído en la trinchera. Primero lo resguardaba de sí mismo, pero a continuación se erigía en ciudadela de todo el periódico, porque así estaba segura de consagrarse a algo que mereciera la pena: cuidar de sus descoyuntados huesos mientras permanecía de guardia, al mando oficioso de la redacción, le seguía pareciendo la única ocupación divertida que cabía hacer en esa ciudad aburridísima, donde nunca pasaba nada porque cuando sí que pasaba el periódico donde trabajaba procuraba que no se notara. Como icono de ese diminuto universo provinciano, sus páginas habían alcanzado el cielo de la prensa papel: ya eran más importantes por lo que callaban que por lo que publicaban. Lo cual no impedía que cierto día una noticia inconveniente aterrizara sobre su mancha, Viberti se inflamara más de la cuenta y, entre golpes de cazalla y otros nec-